

# Rusia: contrastes y paradojas

Stanislas Opiela\*

«**U**N himno sin palabras». Así resume el poeta Evgueni Evtouchenko, cantor del deshielo en los años 60, la obra del ex presidente Yeltsin. Atrapado en la guerra con Chechenia, en medio de pesadas dificultades económicas y escándalos de corrupción, Rusia ha celebrado hace unas semanas elecciones generales. Un sondeo europeo del pasado noviembre sobre el poscomunismo ponía de manifiesto la amplitud del pesimismo que invade a los rusos. Más de un 80 por 100 de entre ellos juzgan negativa la situación política, económica, social, de medio ambiente y de seguridad social en su país. Así, el partido comunista dista mucho de quedarse relegado a la retaguardia. La nostalgia de una época pasada sigue estando presente, como lo muestra este artículo.

No es fácil determinar los cambios que han tenido lugar en Rusia en los últimos diez años, comenzando por el del propio partido comunista, que la multitud percibe como algo positivo. Cuando llegué a Rusia a comienzos de 1992 en la ex Unión Soviética, hacía poco desaparecida, un ruso-alemán de

\* Superior de los jesuitas en Rusia de 1992 a 1998, profesor de antropología en Moscú. Colaborador de la revista *Choisir* (Ginebra), editada por los jesuitas.

Kazabkxstan —y por tanto no del todo comunista— me dijo casi literalmente: «*¿Para qué la perestroika, la glasnot y en definitiva el cambio del régimen político? Durante el comunismo creíamos que teníamos el mejor sistema político y social del mundo. Pero no sospechábamos que se podía vivir de otra manera. Ahora lo sabemos y esto nos irrita. Estamos profundamente decepcionados*». Una gran parte de la población experimenta una nostalgia real del comunismo. ¿Hay que extrañarse, por tanto, de que el partido comunista sea hoy tan popular en Rusia, que gane elecciones gracias a eslóganes populistas y nacionalistas?

Antes la gente ganaba poco pero esto les bastaba para vivir, enviar a sus hijos a las escuelas y campos de vacaciones, disfrutar de una pensión de jubilados y de seguros sociales y médicos. Los intelectuales, los escritores, los artistas y los científicos vivían en condiciones semejantes pero disfrutaban además, por cantidades insignificantes de dinero, de residencias de descanso, sanatorios, y casas llamadas de «trabajo creativo». Recibían puntualmente su sueldo, se las podían arreglar y comprar productos alimenticios o técnicos: si estos productos no estaban disponibles en las provincias (en el régimen totalitario, con excepción de la capital, todo es provincia más o menos profunda) iban a Moscú para «organizar». Los campesinos cultivaban mal que bien la tierra y disfrutaban de las mismas ventajas sociales que los demás. La Constitución garantizaba a todos además el uso casi gratuito de los servicios sociales y de trabajo hasta el final de su vida activa. El gobierno tenía buen cuidado, al menos de palabra, de las necesidades materiales de la población y de sus «aspiraciones espirituales socialistas», debidamente definidas.

Los rusos estaban orgullosos de su patria comunista, que pasaba por ser una superpotencia que co-determinaba la marcha del mundo. El país tenía una misión universal, era la patria de los proletarios y el semillero de la revolución mundial. Esto no era nada para un ruso medio, habituado a un cierto mesianismo religioso y nacional del siglo pasado, secularizado después en tiempo del comunismo. El recuerdo del terror, sobre todo estalinista, se había ido alejando progresivamente; ya no se hablaba de él ni siquiera en aquellas familias que tenían entre sus miembros alguna víctima. La gente se contentaba con vivir, sin pensar en el pasado.

En cuanto a los turistas extranjeros, estaban obligados a limitar su visita al país a la capital y a algunas ciudades turísticas a las que accedían por vías llamadas «de tránsito». Iban siempre acompañados por un guía que les era impuesto y que conocía muy bien qué es lo que estaba permitido enseñar.

Todo esto ha desaparecido hoy... excepto el papel preponderante de la capital, el casi nulo interés de los turistas por las provincias, la sed de gran-

deza nacional y la omnipotencia de las personas con uniforme o simplemente funcionarios.

## Un país en ruinas

**BASTA** con salir de Moscú unas pocas decenas de kilómetros para ver que la situación del campo es ruinoso. Apenas produce para los propios campesinos. Los agricultores en ocasiones han compartido de forma ilegal la maquinaria agrícola, el rebaño y los campos de un *kolkhoze* (todavía no hay ley alguna sobre la privatización de la tierra) para venderlo todo después muy rápidamente y hacerse con una buena ración. Los almacenes están más vacíos que nunca, los rostros de la gente se muestran fatigados y apagados, por las huellas del abuso del alcohol y en número creciente por las de la droga. Un viaje en coche, de Moscú a St. Petersburgo o en Bielorrusia, nos lleva a atravesar cientos de kilómetros sin que se vea tierra cultivada. Se verá, por el contrario, vieja maquinaria agrícola abandonada desde hace tiempo, pueblos desiertos, habitantes dispersos y de edad avanzada. Parece claro que hace mucho que los rusos no invierten en la agricultura. Todo se muere de muerte natural.

Todo esto vale no sólo para el campo sino también para las fábricas y minas de Siberia o de Asia Central. Es muy raro ver una chimenea de fábrica que eche humo (contaminando al tiempo la estepa o la tundra). Nadie intenta poner algo en orden. Barbecho por todas partes. Aun los carros viejos y otras máquinas militares quedan abandonadas en plena estepa.

Rusia se convierte cada vez más en un país de contrastes inimaginables. El centro de Moscú empieza a tener el aire de una ciudad occidental. Los edificios se restauran o se reconstruyen. Los almacenes se ven repletos de toda clase de productos, incluso de lujo, aunque a precios más altos que los de Occidente. Los compran una multitud de personas bien vestidas. Sin embargo se estima que sólo un 3 por 100 de la población del país está en condiciones de aprovecharse de este bienestar capitalista (en Moscú este porcentaje es probablemente algo superior) ¿Y los demás...?

La mayoría vive muy modestamente, de manera discreta. A veces hasta se puede ver a personas que cuentan cuidadosamente sus monedas antes de comprar el pan y las medicinas. A los pobres se les ve por todas partes. Por ejemplo en los semáforos, donde venden cualquier clase de objetos o piden limosna. Algunos vuelven a sus casas, otros pasan la noche en la estación después de haber recogido unas cuantas botellas vacías para revenderlas. Si

se tiene ocasión de visitar a algunas personas de edad, se advierte que a veces también ellas procuran revender botellas para mejorar un poco su presupuesto. Y esto aunque disfruten, en calidad de héroes de la URSS o héroes del trabajo, de una pensión superior a los otros. A veces algunos soldados jóvenes piden unos rublos para comprar pan o cigarrillos ya que no reciben su sueldo.

Si se aleja uno del centro de Moscú, se entra progresivamente en una miseria cada vez más visible. Edificios destartados, patios y escaleras sucias y húmedas, calles grises y sombrías, desperdicios por todas partes. No se puede echar la culpa únicamente a la desidia de los habitantes, aun cuando la limpieza no sea un punto particularmente fuerte de este país. Es más bien el resultado de una política que privilegia el centro de la capital y de una falta de organización y de medios financieros.

## Los meandros de la burocracia

COMO contraste, los «nuevos rusos» (neologismo de nuevos ricos). Se distinguen por su aire arrogante frente a todos los demás. Ciertamente toman iniciativas mientras que los otros se contentan con los *oukases* (decretos) de los dirigentes para mejorar su suerte. Saben tratar con la burocracia todopoderosa para obtener permisos o cancelaciones que precisan, mientras que los demás no pueden ni siquiera exigir aquello que se les debe.

Por otra parte nadie sabe a qué tiene propiamente derecho puesto que la legislación en Rusia es superabundante. En cuanto individuos o empresas que intentan aprovecharse de ciertas leyes que les son favorables, se tropiezan con un montón de prescripciones o con una carencia absoluta de decretos de aplicación de forma que tanto una autorización como una denegación sean igualmente probables. Todo depende del *tchinovnik*, el empleado del Estado. Si éste puede sacar provecho personal, hará lo posible por favorecer al interesado. Si por el contrario el interesado es demasiado ingenuo y no quiere, o no sabe, deslizar un sobre, el empleado hará que el asunto se atasque, perderá varias veces los documentos depositados, inventará otros documentos que hay que aportar o simplemente se habrá ausentado cuando llegue el interesado. Para conseguir esto el sistema burocrático ha elaborado métodos casi perfectos. Por ejemplo, hay que conseguir una firma en una oficina pero las pólizas las tiene otro funcionario, cuya oficina está al otro extre-

mo de la ciudad. Uno y otro saben de sobra que la firma sin póliza no sirve para nada –y viceversa– y esperan pacientemente que el interesado termine por darse cuenta y vuelva con las mejores disposiciones para aumentar el presupuesto familiar de los dos empleados...

## Aislamiento y ayuda extranjera

A primera vista, la actual miseria material de Rusia aparece como resultado de las transformaciones del régimen. Pero a poco que se reflexione, pronto surgen algunas dudas. Se recuerda quizá que los cambios acaecidos después de hace más de diez años han sido producidos por la incapacidad estructural que el régimen comunista tenía para superar la crisis económica, en aumento desde hace tiempo. Los últimos años de comunismo han estado marcados por un esfuerzo desesperado para salvarse, mejorando la producción y la economía en general. Ha quedado bien claro que esto no era posible si no se cambiaba de régimen. Pero únicamente después del cambio de régimen los nuevos y difíciles desafíos han quedado del todo al descubierto.

La población apenas había sido preparada para aceptarlos. Ha creído ingenuamente –lo mismo que en otros países ex comunistas– que con el capitalismo sus condiciones de vida mejorarían radicalmente de un día para otro, y que por este cambio no tendría que pagar precio alguno. De ahí la decepción de mucha gente y la idealización nostálgica del tiempo pasado, sea comunista o imperial. De ahí también un retorno al mesianismo y a la idea de la vía única del desarrollo ruso, en oposición al resto del mundo comenzando por la propia Europa.

Pero para abrir esa vía al desarrollo Rusia necesita una importante ayuda exterior. Y aquí se da una sucesión de paradojas: quisiera ser única e independiente en el mundo y de hecho se ve obligada a pedir ayuda a los otros. Si «los otros» ponen condiciones, si se preocupan también por sus propios «intereses» se convierten casi automáticamente en los enemigos de Rusia... enemigos responsables de todos los males interiores del país.

Se puede decir –me parece– que Rusia no ha conseguido ensamblar todavía su proceso de reformas económicas y políticas. Este período de transición no puede ser percibido por la población como algo razonable aunque difícil ya que las reformas proyectadas no sólo han sido definidas sino que, además, no se han llevado a la práctica de manera tangible. La mentalidad

de reivindicación tanto en el interior de Rusia como frente a otros países y, consiguientemente, un cierto aislacionismo en el seno de la comunidad internacional no favorecen ni el proceso de transformación ni la colaboración internacional. Pero en Rusia el éxito de las reformas, de las cuales depende el bienestar de los ciudadanos, está estrechamente ligado a esto. Rusia, más que nunca, está necesitada de toda clase de ayudas. ¿Sabrá recibirlas y emplearlas bien?